

CAPITULO V

ORGANIZACION DEL PUEBLO ARYO-INDIO Y SUS RELACIONES
CON LOS PUEBLOS VECINOS

La familia primitiva es el tronco del cual van brotando otras familias que se establecen alrededor de aquella y forman al cabo de algunas generaciones una tribu. En el transcurso del tiempo se desprenden de ella otras tribus, que todas conservan entre sí lazos más o menos estrechos de parentesco, de idioma y de costumbres. Si la raza posee ya los sentimientos de cariño y de gratitud y conserva la memoria de sus antepasados comunes, los lazos que unen las familias y las tribus son duraderos, y dan lugar a la constitución de un pueblo que continúa unido y llega a ser poderoso a medida que se aumenta el número de los individuos, familias y tribus. Entonces se perpetúa en este pueblo la memoria de aquellos de sus individuos que más se distinguieron por su utilidad práctica, y que son más y más venerados por las generaciones sucesivas, a medida que estas aprenden a conocer más o menos los beneficios que deben a sus mayores. Así, estos llegan con el tiempo, y por efecto de la transmisión oral, a ser personajes rodeados de una aureola mítica y sobrenatural, hasta que la tradición cariñosa y agradecida les da proporciones de divinidades. Un pueblo de este carácter era el aryo-indio. Conservó y veneró cariñosamente la memoria del fundador de su raza, Manu, porque fué el primero que supo producir artificialmente el elemento vital y social por excelencia, el fuego. Este fué divinizado a su vez bajo su propio nombre Agni, la divinidad sin la cual no hay familia, ni colectividad, ni vida sedentaria posible; «la divinidad radiante», dice un himno, «que vive en todas las casas, en todas las agrupaciones de familias, sin despreciar las chozas ni las poblaciones más humildes.» Otra divinidad primitiva, la de la tempestad terrible y benéfica, Indra, «es venerada por los poderosos (las otras divinidades),» dice otro himno, «porque él indujo a los dioses a venerar y glorificar a Manu, el padre común de los aryo-indios.» Manu, y por él Agni, Indra y las demás divinidades con el mundo ideal y religioso que se deriva del culto de aquellas figuras ideales primitivas, forman el vasto lazo que une a todas las familias, tribus, castas y pueblos aryo-indios, no obstante las diferencias que la separación local y otras causas han introducido en las muchas ramas procedentes del tronco común de los aryas.

El desarrollo sucesivo desde la familia primitiva hasta la multitud de tribus y pueblos aryo-indios, se refleja en la voz sanscrita *iana*, que significa *criatura* (engendrado), en general *hombre*, *sér humano* en particular, y por extensión *gente*, *raza*, *parentela*, *tribu* y *pueblo* (1). Esta latitud de significación, de la cual los autores de los himnos védicos han hecho libérrimo uso, no solamente respecto de este vocablo sino también de muchos otros, es un gran obstáculo para el que busca en estas poesías datos para reconstruir la historia antigua del pueblo aryo-indio, dificultad que se va venciendo a medida que adelanta el estudio comparativo del vastísimo material que comprenden los Vedas.

Gracias a este estudio comparativo, se ha llegado a fijar la significación de muchísimas voces, siendo un ejemplo las que designan lugares o poblaciones, como ranchos de pastores, caseríos, colonias, aldeas, pueblos mayores, castillos y ciudades. Los grupos de familias, o sean las poblaciones, formaban simplemente reuniones de chozas más o menos numerosas, o sean caseríos y aldeas, que en sanscrito se llaman *grama* en los pocos himnos donde ocurre mencionarlos.

(1) *Iana* es lo que en latín *genus*, *gens*, *ens*, etc.

«Allí, dice un himno, se ve brillar temprano, al despuntar la aurora, el dios Agni (el fuego de los hogares), el resplandeciente, el protector de las aldeas, donde dirige cariñoso los sacrificios de los hombres;» «A la aldea, dice otro himno, cuando se aproxima al ocaso Savitar, el dios del día, regresan, los ganados vacunos, como el varón esforzado vuelve al cuidado de sus caballos, la vaca lechera a donde está su ternero, y el marido al lado de su mujer.» Otro poeta védico muy posterior usa el nombre de *grama* en contraposición de selva, es decir, como terreno habitado y cultivado por el hombre. Invoca a «Aranyani, la diosa de la selva, de la soledad y sus terrores, y de los animales silvestres,» y le dice: «¡Aranyani! ¡Aranyani! tú que vagas por las selvas, ¿por qué no haces caso de la aldea (*grama*)?» Añadiremos que en los Vedas se usa también, como sucede en las lenguas modernas, el nombre de lugar por la fuerza armada del lugar mismo, como «la aldea dió una batida de fieras ó de una horda enemiga,» etc.

Como sucede aun hoy en las tribus salvajes de la India Posterior (la península indo-china ó de Malaca), había también poblaciones, caseríos ó chozas sueltas cercadas para evitar sorpresas de enemigos, ladrones ó fieras. Las cercas eran por lo general seto vivo de plantas espinosas, cuya entrada se cerraba de noche. Aldeas de esta clase, en cuyo centro hay frecuentemente una torre ó fortificación donde los habitantes del lugar guardan sus objetos de valor, existen todavía en las estribaciones del Himalaya en el Norte del Punjab. Estas poblaciones se llaman en los Vedas *vriana* (de *vraya*, cerca; y *iana*, gente). Este vocablo ocurre en varios himnos que glorifican a Agni y Savitar como las divinidades que protegen a los lugares y sus habitantes pacíficos y armados, que, según un himno, se retiran allí con su botín al regresar de sus expediciones contra los indígenas.

Un tercer nombre que ocurre en los himnos con mayor frecuencia que los dos citados es *pur* (de donde se derivan el alemán *burg*, castillo, y el griego *polis*, ciudad (amurallada) organizada en comunidad), que significa lugar fuerte ó fortificado, donde guardaban los habitantes de la comarca sus cosechas, donde ellos mismos se recogían con sus ganados durante el invierno, en las inundaciones u otros tiempos calamitosos. Así es que los poetas llaman *pur* las nubes amontonadas que Indra rompe con sus rayos para que derramen sus benéficas aguas sobre la tierra. A Agni aclaman para que sea una fortaleza (*pur*) formidable, inexpugnable, de bronce, de cien circunvalaciones, para los hombres, sus hijos y descendientes. Las fortificaciones eran de tierra y madera, porque el dios del fuego destruye las del enemigo, ó auxilia a sus protegidos para destruirlas. También las había de piedra y formadas naturalmente por las peñas, porque en un himno canta el poeta que Indra las hizo saltar, y en otro himno se habla de cien castillos de bronce guardados por las águilas de Indra.

Haciendo en estos y otros pasajes las concesiones más amplias a la exageración de los poetas, hay que admitir que en su época existían lugares fuertes y expresamente fortificados; pero también resulta que estos lugares eran solamente puntos de refugio y de ninguna manera ciudades amuralladas, que los aryas indios en aquella época no conocían todavía. Castillos (*pur*) llama también un himno las cien haciendas (*veçya*) de Sambara, que Indra destruyó menos una que regaló con todo lo que contenía a su amigo Divodasa Atigva. Es de suponer que muchos de estos lugares fuertes llegaron a ser con el tiempo núcleos de verdaderas ciudades; pero sería ocioso buscar huellas de tales lugares y fortificaciones, que eran demasiado débiles, cuando no hechas por la misma naturaleza, para resistir a la fuerza destructora del

tiempo. Acaso muchos de estos refugios naturales eran cavernas de difícil acceso, ensanchados y transformados en el transcurso del tiempo por la mano del hombre para servir de albergue a numerosas poblaciones. De aquí resultaron aquellos vastos y admirables templos y colonias subterráneas de cenobitas, que hoy son la admiración de los viajeros europeos inteligentes; mientras los puntos fuertes de refugio en el campo abierto se transformaron en los *topes* ó *stúpas* budhísticas, que en tan gran número y de tan diferentes dimensiones se encuentran en muchas partes de la India y entre otras cerca de Manikyala en el mismo Punjab.

Al ver los templos colosales construidos en lo interior de las montañas, con sus columnas, paredes y techos labrados

en la roca viva y cubiertos de esculturas, con galerías que conducen a otros templos y cavernas labrados, como los de Badami, Iunagad, Karusá y tantos otros; al ver semejantes construcciones, en las cuales se han ocupado varias generaciones, venciendo inmensos obstáculos para crear moradas dignas de sus divinidades, a quienes, por otra parte, los poetas glorifican en innumerables himnos desde la antigüedad más remota, creemos contemplar las obras de una raza de titanes. Estos monumentos que nos llenan de asombro, son obra de los descendientes de aquellos aryo-indios que vivían unos veinte siglos antes, luchando con los pueblos aborígenes de la India, y que quizás aprovecharon las cavernas naturales que después sus descendientes transformaron en templos,



Dolmen cerca de Konur.

como esas fortalezas inaccesibles é inexpugnables, a las cuales aluden los antiquísimos himnos de sus poetas profundamente religiosos. Aquellos primeros indios-aryas eran una raza guerrera, no obstante la veneración profunda basada mas en la gratitud que en el terror que profesaban a sus divinidades, y tuvieron que asociarse para rechazar a las tribus indígenas, ó ir a buscarlas en su territorio y expulsarlas de él, ó reducirlas a la obediencia.

A estas asociaciones de muchas colonias aryas contra el enemigo común parecen aludir pasajes de antiguos himnos como este: «Cuando los pueblos se embisten llenos de coraje en defensa de sus campos y praderas, entonces vosotros, los Marut, hijos de Rudra, sois nuestros protectores en las batallas que libramos al enemigo.» Un poeta suplica a Indra que conceda a los aryas «su protección poderosa cuando las comarcas (las tribus) libren la batalla heróica y decisiva;» y otro, dirigiéndose también a Indra, le pide su auxilio «para cuando las comarcas (los pueblos ó tribus) guerreras lleguen a las manos y compitan en valor con el mismo dios.» «Mitra, dice un himno, que conserva unidos el cielo y la tierra, une con bondadosas reflexiones a los pueblos de los cuales no aparta la vista.» En otro himno se glorifica a «Mitra y Varuna, los conservadores de los pueblos,» a cuyos adversarios destruyen. En otro, canta un poeta los gloriosos hechos de Indra, «el rey de los dioses,» y pregunta: «¿Dónde está el que todo esto hizo? ¿A qué pueblo y a qué comarca se dirige Indra?» En todos estos casos se sirven de diferentes nombres para designar evidentemente

colectividades de pueblos, tribus ó comarcas. Estas colectividades, para entenderse y proceder de común acuerdo, debían tener necesariamente cierta organización y hasta un jefe común, y esta suposición está confirmada por muchísimos himnos que dan a diferentes divinidades el título de «rey de la población celeste y de la terrestre ó humana;» ó de «rey del mundo, de los pueblos activos del género humano,» «ante el cual se inclinan todas las comarcas, cuyo auxilio piden todos los países cuando con su vigor se muestra como señor de los establecimientos del hombre.» En todos estos pasajes, el célebre Agastya, el poeta glorificador de Indra, emplea diversos nombres para designar pueblos, comarcas, tribus y grupos de familias, nombres difícilísimos de traducir con exactitud; pero hay muchas razones que nos convencen de que todos estos nombres significan colectividades como las indicadas. Desde luego resulta de los himnos védicos más antiguos, que aquellos aryas sabían lo que eran pueblos numerosos, pues sus poesías mencionan mucho una antiquísima colectividad de cinco pueblos, tanto que usan este nombre de cinco pueblos hasta cuando quieren indicar una multitud muy grande, innumerable y aun la humanidad entera. Así es que un poeta hace decir a Indra, para indicar que todos los pueblos de la tierra nada pueden contra la fuerza divina: «Para mí no son los cinco pueblos ni siquiera un átomo de polvo.» Otro himno «dice que el caballo que tira del carro del sol pasa por encima de los cinco pueblos como Súrjá pasa por encima de las nubes henchidas de agua.» Agni, dice otro himno, salió de la peña

donde estaba encerrado, y los cinco pueblos acataron al joven dios.

De todos modos consta, pues, que los antiguos indios aryas conocían poblaciones, agrupaciones de pueblos ó comarcas y reuniones de comarcas que constituían pueblos, y una gran colectividad de cinco pueblos.

Respecto del gobierno ó jefatura de todas estas colectividades pequeñas y grandes, encontramos mencionados en los himnos los *gramani*, como jefes de los hombres de armas tomar de una aldea ó comunidad; y los *vijpati*, que dirigían la comarca ó la fuerza armada de la comarca, llamados también «cabezas de la colonia», y que eran los más ancianos de la tribu ó población del distrito. El jefe ó señor de varias comarcas se llamaba en los Vedas *vijampati*, calificativo que se da también en los himnos á Agni é Indra, y que viene á ser equivalente á *radya* ó rey, otro título antiquísimo que los himnos dan á muchas divinidades, á Mitra y Varuna, á Yama, á Soma y á Indra y Agni en el sentido de que ellos son los reyes y señores del universo; los conservadores y protectores de la humanidad, los pastores de los pueblos y de los países, los custodios del orden y de las leyes, es decir, de los usos admitidos; los vencedores de los malos y de los enemigos, y los protectores de sus servidores y amigos (1).

Cuando los antiguos aryas usaban este título y sus atributos, es evidente que les eran familiares y que existían entre ellos reyes terrenales con atribuciones análogas. En efecto, en algunos himnos se llama al rey de comarcas ó tribus «guarda y pastor (*gopa*) del pueblo, que le ha elegido, que le sostiene en su cargo y le obedece.» El cargo de rey, de regente ó director era electivo y también hereditario dentro de ciertos límites, según se deduce de los himnos que citan muchas genealogías de reyes de diferentes pueblos, comarcas ó tribus. El respeto que los aryas tenían á la tradición, que en aquella época se formaba pronto, y la necesidad de un jefe en el estado de guerra permanente en que se hallaban con los pueblos indígenas, facilitaban la transmisión de la jefatura de padre á hijo, en la inteligencia de que esta jefatura se adquiría y se consolidaba en las guerras, porque así lo indican los himnos que dicen que los Marut, los genios de la tempestad y del combate, «dan al pueblo su rey enérgico;» que los jefes y los principales que marchan á la cabeza de sus huestes, «muestran una impetuosidad irresistible que les da la victoria y aumenta su gloria;» «que hacen poderosos á sus pueblos,» y por su vida y suerte los cantores elevan esta plegaria á Indra: «Concede á los jefes tu protección suprema, y que alcancen vigorosa edad proveya.»

Entre estos jefes se destaca uno celebrado en varios himnos, «que cual otro Indra dispersa las huestes unidas (del enemigo); que procura abundante botín; cuya amistad buscan los cantores (poetas); que victorioso, se apodera de los ganados vacunos, del oro y de multitud de caballos; que vence los obstáculos y defensas detrás de los cuales se parapeta el enemigo; que es entre sus campeones el más varonil; que reparte entre todos los que con él van grandes bienes; que sabe encontrar riquezas; que es, como dice otro himno, un toro, que codiciando las vacas (del enemigo) penetra en los apriscos de los otros (pueblos), porque es el dueño del país, el distribuidor, el rey.» Por esto le reconocen las comarcas ó tribus con sus jefes por su rey y señor legítimo.

A estos «reyes» ó jefes comunes tocaba en el reparto del botín una parte mayor que á los demás, ya fuese en terreno, ya en ganados y otras riquezas; de suerte que el rey era el

(1) La forma más sencilla de *radya*, regente, es *rax*, radical que se encuentra en todos los idiomas aryas europeos, en latín *rex*, como en español *rey*, *rec-to*, *rec-tor*, *reg-la*, *reg-ular*, *reg-ir*, *di-rig-ir*, *rei-no*, *di-rec-tor*, etc.

hombre más rico de su distrito ó comarca, y por todas estas consideraciones respetado como el primero en la guerra y en la paz, al cual los vencidos pagaban tributo, y sus súbditos propios ofrendas voluntarias (2), oro, caballos y otras cosas de valor, porque en aquella época no se conocían todavía impuestos fijos.

Por las descripciones que los antiguos himnos contienen de las moradas, aparato y magnificencia exterior de los dioses, y dando su parte á la exageración poética de la fantasía aryo-india podemos inferir algo respecto del boato que gastaban los jefes principales ó reyes de aquel pueblo. Un himno habla del palacio ó morada de Varuna, diciendo que tiene mil puertas; otro de su trono sostenido por columnas y que comparte con Mitra; otro menciona los mantos de oro de los dos dioses; otro himno representa á los dioses Rudra y Savitar cubiertos con un manto igual, ostentando además ricos adornos de oro en su cuerpo, en su carro y en el caballo. Cuando los poetas de aquella época remota nos presentan á Indra con la multitud de sus compañeros de lucha, y á Marut con sus armas rutilantes, podemos suponer que los reyes de la tierra gastaban, rodeados también de brillante séquito, cierta pompa imponente, algo semejante ya á la que presentan los reyes de las esculturas budhistas.

Un personaje importante en el séquito del rey, y que andando el tiempo no podía faltar nunca en la corte, era el poeta-cantor, que á este cargo reunió poco á poco el de ministro principal y de sacerdote; y esto se comprende atendido que en todos los sucesos de la vida algo importantes, los arya-indios se acordaban agradecidos de sus divinidades, y mostraban su veneración y gratitud con sacrificios, los cuales iban siempre acompañados de cánticos, de oraciones, de repetición de sentencias religiosas y de plegarias ó invocaciones.

Cada tribu, comarca ó pueblo tenía sus poetas-cantores y familias privilegiadas que cultivaban esta especialidad de padres á hijos. Estos cantores, llamados en los libros Vedas *purohitas*, eran los administradores y ministros principales de los reyes y de los grandes y poderosos; ellos dirigían los actos religiosos, ellos oraban á los dioses por sus señores y glorificaban sus hazañas, poderío y grandeza, en cambio de lo cual pedían y recibían muchos regalos y una parte importante del botín hecho en las expediciones guerreras, y llegaron á reunir grandes riquezas é influencia. Poetas posteriores celebraron y exageraron mucho estas recompensas dadas por los jefes ó reyes antiguos á sus *purohitas*. Estas exageraciones tenían por objeto excitar á los reyes de su tiempo á que tomasen ejemplo y fuesen igualmente generosos; pero tanto exageraron, que ya en tiempo hoy remoto sus descripciones fueron calificadas de imposturas. Hablan de miles de bueyes que el rey Rinamcara regaló á su *purohita* Babru; dicen que los reyes ó jefes Prastoka, Divodasa y Asvata, dieron á sus poetas-sacerdotes caballos, vacas, arcas llenas de ropajes, pepitas de oro nativo, carros y otras preciosidades; que otros recibieron centenares de bueyes blancos, asnos, corderos y esclavos; y que un rey ó jefe, llamado Pertucravas Kanita, regaló á su poeta «millares y cientos de millares de vacas y hasta un carro de oro. Estos datos, prescindiendo de lo relativo á los regalos, son importantes bajo varios otros conceptos, porque han conservado muchos nombres de reyes, jefes, pueblos, cantores y familias de cantores; solo que estas poesías son de una época relativamente moderna.

En la época védica antigua, conforme hemos dicho al principio, el jefe de la familia, el jefe que dirigía la defensa

(2) En ocasiones especiales, y lo mismo debe entenderse del tributo pagado por los vencidos, que probablemente solo pagaban una vez.

de la colonia y las expediciones agresivas contra los indígenas, era el que dirigía también los sacrificios con las súplicas, acciones de gracias, cantos y plegarias y demás actos religiosos, y cualquiera que se sentía inspirado y tenía talento componía sus himnos. Se han conservado de aquella remotísima época el nombre y los himnos de un jefe arya guerrero, rey del pueblo bhárata, como le titula la tradición, que á la vez era poeta y cantor religioso: el célebre y venerado Visvamitra; y no hay el más leve indicio que las dos calidades de rey y de cantor-poeta hubiesen parecido incompatibles á nadie, ni entonces ni en los tiempos posteriores. Sin embargo, por aquel mismo tiempo y en el mismo pueblo, en la tribu de los *tritsu*, regida por el rey Sudas, existía ya un cantor oficial, un *purohita* de este rey Sudas, el famoso y ardiente poeta llamado Vasishtha.

Visvamitra y Vasishtha son los tipos de dos principios opuestos y trascendentales para los destinos y la historia de los pueblos y de la civilización, á saber: el laico y el teocrático. Vasishtha es en la historia del pueblo aryo-indio el representante más antiguo conocido del principio teocrático, que fué ganando terreno é influencia á medida que los reyes y grandes hubieron de dedicar su atención y tiempo á sus intereses y obligaciones materiales, y dejar la dirección religiosa á sus *purohitas*. No solamente los príncipes, que eran muchos, no podían pasarse sin los servicios de estos sacerdotes y sabios escribas, sino que, en general, los reyes los querían cerca de su persona; de modo que todavía en el período que comprenden los Vedas, estos poetas privilegiados podían decir en diferentes himnos: «El rey que concede al brahman lo que desee, será favorecido por los dioses y se apropiará sin resistencia los bienes de sus adversarios y de su propio pueblo.» Este himno va dirigido á Brahmanaspati, ó sea la personificación del culto y de las oraciones, la divinidad de la devoción, el prototipo celeste del *purohita* ó director espiritual. Otro himno védico, más moderno todavía, dice: «Los dioses no comen de los manjares ofrecidos por el rey que no tiene *purohita*; por esto cada rey cuando quiera celebrar un sacrificio, debe hacerlo bajo la dirección de un brahman, para poder decir: ¡Acepten los dioses mi ofrenda! Lo que en este último período védico recomendaban los autores de los himnos, lo impusieron después los sacerdotes como un deber.

No hay que decir que los poetas oficiales, protegidos, regalados y ricamente pagados por sus señores, cantaron las glorias de estos, invocando sobre ellos las bendiciones de los dioses, con lo cual se aumentaron su autoridad y poder. Así, en un himno, se dice: «¡Concede, oh celeste Ushas, gloria de héroes á estos príncipes dadivosos cuya munificencia nos colma de bienes.»

Es muy probable que estos príncipes y señores magníficos, á quienes los himnos llaman respectivamente *satri* y *mahavan*, título que dan también, como el de rey (*radya*), á los dioses, fueran régulos de aldeas, distritos ó comarcas, y debieran su posición á su calidad de jefes guerreros de las fuerzas de sus lugares. Es igualmente probable que de entre ellos fuese elegido el rey de todo el pueblo, con lo cual había bastante para excitar envidias y ambiciones personales, cuya realización procuraban facilitar sus poetas-sacerdotes con los sacrificios y otras solemnidades que celebraban. La ambición más inmediata era la de conservar su dignidad, poder é influencia y transmitirlos á sus hijos, porque en aquella época remota nada había todavía hereditario. Tampoco había sacerdocio corporativo como carrera especial, ni clases privilegiadas, ni mucho menos castas señaladas dentro del mismo pueblo aryo-indio. En él la persona culminante era el rey, sin que cercenase todavía su poder ni corpora-

ciones sacerdotales, ni un cuerpo de nobleza, y sin que la división del pueblo en castas le aislase del trato personal con el resto del pueblo. Si, como otras veces, pudiéramos sacar respecto de su poder alguna deducción de los atributos que los poetas védicos antiguos dan á muchos dioses, á quienes llaman rey universal (*samradya*), autócrata (*svardya*) y en otras ocasiones simplemente rey, ó «señor verdadero,» resultaría que había reyes terrestres que también eran señores, amos, autócratas y reyes universales, á quienes acataban como tales los pueblos, los poderosos y los reyes menores. Pero esta jefatura suprema solo debía existir en las empresas guerreras y acaso en las grandes asambleas generales ó parciales y en las fiestas que siempre iban acompañadas de los actos de culto. Así como los dioses tenían su corte y su trono, según se ve en los templos, del mismo modo tenían su corte todos los jefes, desde el que era solamente cabeza de una aldea ó distrito hasta el soberano de un pueblo, y el rey supremo, si lo había. Estas reuniones de corte eran convocadas para consultar y resolver las cuestiones de interés común y oír y decidir los litigios entre particulares; es decir, que eran los tribunales de los aryas en la época en que este pueblo no tenía todavía leyes escritas y se regía á falta de estas por sus usos tradicionales. Los antiguos himnos nos dicen que la propiedad particular era reconocida, respetada y protegida desde tiempo inmemorial. El deudor que no pagaba era considerado como ladrón, porque, como este, retenía cosas que no eran suyas. Un himno habla de un jugador apasionado, que después de haber perdido en el juego cuanto tenía, incluso su mujer, codicioso de la propiedad ajena se introducía furtivamente en las casas con intención de robar, y le declara doblemente culpable. Los dioses Aditya, Indra, y en época posterior también Brihpati, son las divinidades que reclaman las deudas y persiguen á los deudores, porque estos causan discordias y ofensas, y los dioses abominan estos delitos y exterminan á sus autores. Por esto podemos suponer que los hombres también perseguían á sus deudores. En aquella época cada cual se hacía justicia por su mano dentro de la jurisprudencia admitida por el uso, sin perjuicio de que los reyes y otros jefes con autoridad persiguieran y castigaran como los reyes celestes, Indra y Varuna, á los delincuentes. A este fin tenían también sus vigilantes y alguaciles. Algunos himnos hablan de cuerdas y ataduras, con las cuales eran atados los delincuentes á un poste, y uno menciona la cárcel y el calabozo.

No se sabe si los antiguos indios-aryas recurrían á ordalías en los casos que no podían probar la culpabilidad ó inocencia de un preso ó la de dos litigantes. Este recurso primitivo está tratado difusamente en los escritos védicos más modernos y en los posteriores; pero entre los himnos más antiguos solo se encuentra un pasaje muy vago, en que el poeta suplica al dios Púshan, como descubridor de cosas perdidas, que haga aparecer al que sabe decir: «aquí está.»

Probablemente estas y otras cuestiones y contiendas eran ventiladas en las reuniones ó asambleas locales llamadas *sabha*, delante del jefe, porque un himno celebra al amigo defensor en la *sabha* y otro himno compara la elocuencia de un varón con la punta reluciente de una lanza que da la victoria en la *sabha* y en los *vidatam*, nombre de asambleas más generales de toda una comarca ó pueblo, para grandes solemnidades, sacrificios y regocijos públicos.

Por lo demás, se da el nombre de *sabha* en los antiguos himnos á toda reunión numerosa que tiene objeto fijo; porque el himno que habla del jugador ladrón, llama *sabha* también á la reunión de jugadores que tenía en su casa, probablemente porque después de haber evacuado los asistentes á una asamblea, presidida por el rey ó por el jefe de una aldea,